

UN MINUTO FELIZ

de Santiago Loza



UN MINUTO FELIZ

de Santiago Loza

Este texto cuenta con una lectura dramatizada en formato audio a la cual se accede en el sitio web gam.cl

Un minuto feliz

Dramaturgia: Santiago Loza

1ª Edición: Editorial OsoLiebre Ltda.
Santiago, Chile, octubre de 2020

Editorial OsoLiebre Ltda.
Teléfono: +56 976 697 046
osoliebre.org

Edición, corrección de forma y de estilo: Paula Loncón Leyton
Diagramación: Diego Castillo Rouliez
Diseño: GAM
Fotografía de portada e interiores: Jorge Sánchez © GAM

Proyecto Financiado por el Fondo Nacional del Libro y la
Lectura 2020

Obra Licenciada CC: Atribución-NoComercial-SinDerivadas
3.0 (CC BY-NC-ND 3.0)

Registro de Propiedad Intelectual N° 265.034
ISBN: 978-956-371-015-1

En Chile el teatro ha cumplido un rol fundamental de denuncia, reflexión y cuestionamiento sobre las diversas temáticas que nos interpelan como sociedad y seres humanos. Desde su inauguración, GAM ha sido una vitrina para la pluralidad de creaciones escénicas nacionales que surgen cada año generando emociones, y a veces incomodidad, en un constante diálogo con los cambios sociales y culturales.

En el marco del décimo aniversario del centro cultural, publicamos la Colección Dramaturgias GAM, una edición que ofrece nuevas lecturas sobre la contingencia política y estética chilena durante la última década. Son diez obras que representan algunas de nuestras producciones y coproducciones y que aportaron al canon creativo, así como al vínculo con la memoria como legado artístico. Cada una de ellas aborda diversas particularidades de nuestra idiosincrasia, en narraciones extraordinarias que exponen la voluntad popular de generar procesos transformadores, develando el contexto histórico en el que están situadas.

Conscientes de que la teatralidad hace uso de la representación como hegemonía natural de este arte, la dramaturgia posee la cualidad del formato literario que es capaz de sumergirnos en la puesta en escena a través de la imaginación, pudiendo percibir los matices del guión y abriendo las posibilidades para su análisis e investigación. Nos alegra, además, difundir este trabajo bajo premisas democráticas de acceso e inclusión mediante la distribución de los distintos formatos físico, digital y de lecturas dramatizadas en audio. Agradecemos a los creadores y creadoras, a los elencos, a los equipos GAM y al Fondo del Libro y la Lectura quienes hacen realidad este proyecto, como un aporte a la preservación de nuestro patrimonio cultural escénico y a la puesta en valor de la creación nacional y de sus artistas.

FELIPE MELLA

Director Ejecutivo GAM

OsolLiebre

Ediciones
GAM

Un minuto feliz es una producción GAM estrenada el 5 de mayo de 2016 en Sala N1, creada como parte de un proyecto de residencia con el dramaturgo argentino Santiago Loza el año 2015.

Dramaturgia

Santiago Loza

Dirección

Aliocha De La Sotta

Elenco

Coca Guazzini, Paula Zúñiga y Caro Quito

Diseño de iluminación y escenografía

Rocío Hernández

Diseño sonoro

Fernando Milagros



Café con Piernas, Centro de Santiago, finales de los 80. Tres meseras vestidas de uniforme cortísimo, con cuerpos y edades diferentes pero igualadas en ese uniforme retro.

LA OTRA

Esta mañana cuando me desperté volví a tener lo ojos pegados. Quise abrir los párpados pero una materia endurecida, pastosa, me lo impedía. No pude parpadear y por un momento (con el efecto que tiene el sueño cuando una está saliendo de su territorio) pensé si no me habría quedado ciega.

LA MENOR

¿Probaste con el té?

LA OTRA

Probé después, claro, limpiarme con un té frío el borde de los ojos.

LA MENOR

Eso siempre da resultado.

LA OTRA

Claro, siempre, pero eso pude hacerlo después, cuando ya estaba bien despierta.

Al principio, cuando una no puede ver, solo se tiene miedo.

LA MENOR

Y el miedo siempre paraliza.

LA OTRA

Eso pensé cuando pudo actuar el pensamiento. El miedo siempre paraliza, no me voy a dejar ganar por el miedo. No estoy ciega, solo tengo esta costra que hace un tiempo se me forma cuando duermo, entre sueños.

LA MENOR

El té negro limpia bastante, deja la piel más tersa. La piel de los párpados es muy delgada.

LA OTRA

Pensé si esa materia que se sellaba los ojos, no era el sobrante de un sueño pesado, incómodo, una manera de soñar mal.

LA MENOR

Puede ser, una nunca sabe lo que de verdad se sueña.

LA OTRA

Como sea, me limpié bien, con un algodón mojado en té. Y después, cuando vine a trabajar me olvidé y me pude maquillar un poco.

LA MENOR

Yo agradezco siempre que me hayas enseñado a maquillarme bien. Aprendí sola y las primeras veces que vine a trabajar parecía un payaso.

LA OTRA

Me gusta que reconozcas las enseñanzas que te pude brindar. Es cierto, la primera vez eras un verdadero desastre. Los bordes de los párpados estaban mal delineados y los colores no combinaban. Te fui enseñando de a poco, te recomendé los colores ocres para la parte superior de la cara...

LA MENOR

Y vi de inmediato que me sentaban mejor y me hacían una mirada más despejada y abierta.

LA OTRA

Con la pintura del comienzo parecías Cleopatra de Egipto, demasiado marcada y eso intimidaba a los hombres. Una tiene que tener una mirada un poco más accesible.

LA MENOR

Pude notar la diferencia.

No solo en mi cara sino también en los resultados provocados.

LA OTRA

Y el labial...

LA MENOR

Otro gran tema el labial.

LA OTRA

No puede ser que una boca se asemeje a un tomate maduro. No en un lugar como este.

Una boca debe tener el doble propósito, el de seducir y al mismo tiempo estar abierta para la charla. Ninguno de los dos propósitos debe primar sobre el otro.

Cuando llegaste tu boca era una provocación roja y escandalosa. Te propuse tonos sutiles para tus labios.

LA MENOR

Y lo bien que me hizo darme cuenta del tono que debe tener la boca en un lugar como este.

LA OTRA

Una boca debe ser amable y al mismo tiempo insinuar de una manera que no se percibe a simple vista.

LA MENOR

Podrías dar cátedra de boca.

Es magistral tu conocimiento cosmético.

LA OTRA

Yo aprendí, como todas, una no nace sabiendo.

No es natural ponerse pintura en la cara, eso de adornarse la piel es una herencia primitiva. Un juego prehistórico.

Pero el colorido, a veces, nos disimula el ajetreo.

LA MAYOR

ODA CAFETERA

Negro como un pozo.

Negro como el inconsciente.

Negro como la boca de un animal rabioso.

Negro y excitado.

Negro furioso.

Negro rabioso.

Negro renovador.

Negro pasado a negro, vuelto negro y vigoroso,

Más negro que lo negro.

Negro espeso.

Negro.

LA OTRA

No sabía que esta mujer tan grande tenía cualidades literarias.

LA MENOR

Hay muchas cosas que no sabemos las unas de las otras.

Tanto desconocimiento apena.

LA OTRA

Somos ignorantes y cansadas.

LA MAYOR

La historia mítica del café tiene a un pastor en Etiopía. En los campos áridos etíopes.

En el aburrimiento de las larguísimas jornadas junto a sus cabras. Los días que no terminan nunca en Etiopía.

Los días eternos de los campos áridos etíopes. Junto a un puñado de cabras sofocadas por un sol abrasador. El pastor está vencido de cansancio. Apenas puede con su vida, menos con las cabras.

Un día las ve salir del estado sonámbulo con el que mastican unas míseras hierbas. Las cabras recobran una vitalidad perdida, se mueven, saltan como al principio de los tiempos. Parecen despertar de esa modorra pesada, tan ancestral y africana. El pastor está desconcertado pero descubre que los animales han probado un fruto pequeñito de un arbusto desconocido. El mismo desea estar despierto. Se lleva la semilla a la boca, siente todo ese amargor en el paladar, la masca un rato y la escupe con asco. Vuelve a su choza y esa noche no puede conciliar el sueño, lo empuja un optimismo desconocido, hace planes imposibles, construye un porvenir en su mente lleno de viajes y prosperidades y a la madrugada relaciona en sus pensamientos a su estado de bienestar con los granos que ha probado.

Ha descubierto el poder del café.

LA OTRA

Se puso demasiado extradiagética la Mayor.

LA MENOR

Déjala, estoy aprendiendo algo fundamental.

No sabía del origen de todo esto.

LA OTRA

Se puede vivir desconociendo el origen.

LA MENOR

A veces calma saber el inicio. Cuando una sabe del comienzo, puede aguardar con esperanzas un final.

LA OTRA

Hoy se han empeñado en la complejidad. No sé por qué se despertaron tan enmarañadas y confusas.

LA MAYOR

No termina en eso la historia.

El pastor quiere compartir y corroborar su descubrimiento.

Va al monasterio cercano, donde los monjes, por la noche, cuando intentan rezar, se quedan dormidos con culpa. El pastor les propone mascar los granos. El monje cocinero acepta pero de inmediato siente la repulsión oscura y con desagrado tira el puñado de granos al fuego.

Y allí, en ese momento, monje y pastor sienten un aroma tostado delicioso, un aroma que los transporta a una plenitud no conocida.

El monje saca los granos tostados y los vuelca en un cuenco y le tira un poco de agua hirviendo y ahí se produce un milagro de alquimia. La primera taza de café humeante. El brebaje que los Dioses nos han dejado para estar despiertos y alegres. El café que será pretexto de conversaciones y encuentros y confesiones. Ha nacido en la cocina de un monasterio Etíope la bebida más extraña y oscura de todas, ha nacido el adorado, café.

LA MENOR

Es bonito, siempre me gustaron los cuentos, las leyendas, ese tipo de tonteras.

LA OTRA

Nunca tuve una abuela que me lea cuentos en invierno.

LA MAYOR

No termina en ese punto la historia oscura del café.

Durante siglos estuvo discutido. Incluso tuvo períodos de prohibición. Algunas autoridades creían que el café otorgaba al vulgo cierto grado de lucidez inconveniente. Otros religiosos creían que tenía poderes satánicos, que otorgaba una fuerza no humana e irracional. Como sea, con el tiempo todos fueron aceptando las bondades del café. ¿Quién puede resistirse a una taza caliente en el medio del invierno?

El café, las huellas, lo que deja, el recuerdo y el olvido, toda esa oscuridad sabrosa, la necesidad de compañía. El calor que desciende por la garganta y reconforta el interior. Le da inquietud y calma.

LA MENOR

Qué bonito.

No sé por qué, me puso un poco triste la historia simple del café.

LA MAYOR

No estés triste.

Vendrán buenos tiempos.

LA MENOR

¿De verdad crees eso?

LA MAYOR

Lo he visto en la huella del café, al querer lavar la taza.

Pude ver un dibujo de tiempos prósperos en un futuro no tan alejado.

LA MENOR

Me sube una emoción tan grande.

LA MAYOR

Solo es cuestión de aguardar.

Seguir viviendo.

No perder las esperanzas.

LA OTRA

Las piernas están tan pero tan apretadas que apenas se sienten. Soy un yo sin piernas que lo sostengan. Me quedo sin base, sin conexión con el suelo. Me siento dividida en partes.

La parte de las piernas va por un lado, mi otra parte va por el otro. Mi parte superior es un torso que flota. Me siento flotar sin memoria del tramo inferior. Flota mi torso coronado con esta cabeza que se mueve de izquierda a derecha.

La cabeza sostiene la sonrisa. La sonrisa, como las piernas, también se vuelve insensible. La sonrisa podría ser un tatuaje y sería más simple y duradera. Yo no sé si sonrío el resto del día. No sé si sonrío afuera.

Me lo dijo el Ñato, me lo dijo amablemente para que yo no me enojara, pero bien que lo dijo, casi nunca te veo sonreír. Y lejos de ayudarme, lejos de impulsarme a sonreír en las horas externas, lo que dijo, me puso más amarga.

LA MENOR

Dormí poco y mal. Estoy algo mareada pero no se nota. Nada se nota mientras una pueda caminar erguida, moviendo un poco de más las caderas, nada de nada.

Mismo el día que me vinieron a avisar que había muerto la Mamina, yo escuché y asentí, me di vuelta y serví un vaso de agua, tomé. Por acá pasó el agua como raspando, como si tuviera pedacitos minúsculos de vidrio que arañaban la faringe y después no sentí más nada. Me quedé retumbando en un vacío cerebral, como si me hubieran dado un pelotazo en la cabeza. Como cuando era chica y caminé por el campito y había niños jugando y me tiraron al descuido un pelotazo y quedé así, abombada, tambaleante, perdida de todo, de mí.

Me costó saber, por unos segundos, quién era, qué hacía, para dónde iba. Me quedé ausente. Como cuando me informan que murió la Mamina y me quedo así, igualita al golpe. Me doy vuelta y mi parte de afuera dibuja una sonrisa y agradece por haber traído la noticia y va hacia los dos hombres del fondo y les sirve un cortado a cada uno y acepta sus bromas con una ligera

carcajada. Eso mismo, esa perdida me anda pasando ahora. Sin noticias, sin golpes, sin nada de nada, me mareo, me tambaleo, me pierdo de mí.

LA OTRA

Algunas tardes viene un cieguito, lo trae otro canoso, que ve mal, pero algo ve todavía. Vienen juntos y piden un café cargado. No hablan, el que ve poco mironéa por el costado del ojo y toma el café de a sorbos lentos, lo hace durar. El cieguito toma de un trago y después se queda quieto, con la cabeza gacha. Paso a su lado y se mueve, como si notara un poco mi presencia. Paso a su lado y un poco se sacude, apenas, no se nota, nada se nota, pero lo siento. Vienen cada tarde y se quedan hasta el horario de cierre. El cieguito anda con una camisa vieja que a veces, está mal abrochada. Un pantalón desteñido también. Poco importa que ande desaliñado, es ciego, no sabe la diferencia que tiene con andar prolijo. No lo sabe ni lo sabrá. Tampoco sabe de mi aspecto.

Soy prolija, limpia, muy limpia, impecable. No lo sabe pero me siente. Un pequeño sobresalto da el cieguito. No percibe mi aspecto, el cieguito viene a ver a mi alma, le gusta mi alma, lo enciende, mi alma le hace bien.

LA MENOR

No entiendo lo del doble sentido, no lo entendí nunca. Será que yo he sido más de llamar a las cosas por las cosas mismas. No andar con vueltas. No me da risita decir una cosa por otra. Dar a entender algo. Me río, cuando alguno de los clientes habla del tamaño y de la forma, del corto, del largo, cuando dan a entender algo anatómico hago que me río pero no le veo la gracia. Ninguna gracia...

LA OTRA

Nunca le vi la gracia. Las cosas están para ser nombradas, para ser dichas o para callar para siempre, no entiendo el punto intermedio. Lo dicho a medias y por lo bajo, no me da gracia,

ninguna. Me aburre, los chistes son los mismos o parecidos, un verdadero fastidio.

LA MENOR

Este frío me va a dejar en cama.

LA MAYOR

Mejor que haga frío, me tiene activa.

LA MENOR

Tengo un dolor de piernas que no se me pasa con nada.

LA MAYOR

¿Te pasaste los ungüentos que te di?

LA MENOR

Sí, pero nada. Siguen doliendo, a veces no puedo ni dormir del dolor. O duermo con una almohada abajo y las piernas levantadas. Me despierto contorsionada y sin alivio.

LA MAYOR

Usa grasa de pollo. Fregate fuerte antes de dormir.

LA MENOR

El olor puede ser un asco.

LA MAYOR

El olor es lo de menos. Un poco de grasa, despacio, por todas partes.

LA MENOR

Esta noche duermo sola y entonces pruebo.

LA MAYOR

Qué pena de día, tan nublado.

LA MENOR

Sí, una verdadera pena. Todo nublado.

LA OTRA

Ahora que tenemos este tiempo libre, a la tarde, cuando no viene ni el diablo, me siento un poco despoblada, tan despoblada como las tierras inhóspitas del sur, como el desierto.

Yo extraño a mis clientes. Les voy a mandar un mensaje para que no se pierdan. A los hombres hay que tenerlos así, alborotados. Les voy a mandar un mensaje para que vengan y que no afloje la propina. Les voy a mandar un mensaje porque a esta hora comienzo a deshabitar me y me da miedo.

Ellos me hacen bien. Me adulan, con ellos soy una reina. Yo que andaba tan pero tan perdida, en este lugar encuentro un destino. Yo que andaba con el orgullo por el piso, aquí, en esta tarima, la cosa se ha elevado un poco.

La tarima, los tacos, todo levanta. Los piropos de los clientes también levantan. Estoy elevada. Como la estatuita de una virgen, así, me siento en un altar. Ellos vienen y hablan y yo, cual María con Jesusito, el hijo, me agacho un poco. Toda esta parte se inclina y los escucha y protege. Yo me hago María, virgen y santa para ellos. Me contemplan, me aman. Se hacen devotos de mi presencia. Los tengo cautivados a puro cafecito. Cuando los conozco, los veo venir y les preparo lo que quieren. Al hombre le gusta eso, que una lo adivine.

LA MAYOR

Hay menos y menos gente en la tarde por el centro.

LA OTRA

Sí, cada vez son menos.

LA MENOR

Los clientes que venían deben estar ahora en el Café Nuevo.

LA OTRA

Ahí andan todas con unos escotes que le llegan al ombligo. Y salen de la barra y los acarician y les hablan al oído.

LA MENOR

Colocan el azucarero, acá, encajado en el escote y se agachan y les endulzan el café y ellos se deleitan y dejan propinas abultadas.

LA OTRA

Yo no podría. Una en este lugar se siente protegida.

LA MAYOR

Una tiene algo de decencia todavía.

LA OTRA

Además, la mayoría son extranjeras, caribeñas. Más osadas. Con todo ese calor que traen, acostumbradas a deambular desnudas por la playa, entre cocoteros y palmeras. Ellas son más salvajes, no como una que tuvo una educación más o menos digna.

LA MAYOR

Si, son casi salvajes. Mujeres primitivas. Eso impacta. Uno las mira por la calle y se da cuenta, no tienen límites.

LA MENOR

Prefiero ganar menos y guardar la dignidad. Andar con la frente alta. Tuve amoríos solo con tres o cuatro clientes a lo sumo. Pero siempre muy discreta. No podría estar con todos como ellas, dedicarles la misma atención, darles el mismo servicio. No puedo, no estoy preparada para tanto.

LA OTRA

Una es madre y también tuvo madre.

Mi madre hace el aseo desde siempre.

Fue decente siempre, nunca robó, nunca hizo nada que le diera vergüenza. Hasta las monedas que se le caen de los bolsillos de los pantalones de los patrones. Hasta las monedas que encontraba en los rincones, en el suelo, bien olvidadas, hasta las monedas más chicas. Mi madre las ponía a la vista, en una pila, para que vean que no robaba. Ni una moneda, nada, porque si una se queda con una

moneda, después, quiere quedarse con todo.

Una creció así, con esa enseñanza. Pobre pero bien honrada.

LA MAYOR

Se me acabó la canela. Mañana compro. Todavía queda chocolate y endulzante. Canela nada.

LA OTRA

Cuando tuve al primero me asustó de no saber criarlo.

Cuando lo tuve dolió tanto, pero tanto, ahí pensé que todo lo que viniera después sería más grato. No pasó así, pero no importa.

LA MENOR

Vino el cieguito solo a tomar café. Tú no estabas. No preguntó directamente por ti. Dio rodeos con la charla. Me contó que su mujer lo abandonó al perder la vista y tal. Que se fue con otro que tenía la vista perfecta.

Mala mujer, le dije, para acompañarlo en su desdicha. El acotó que cuando perdió la visión, él se puso un poco malo, de mal humor, osco. Pero ella no tuvo paciencia suficiente. Mala mujer, volví a repetir yo.

El cieguito dijo que le costó al principio mucho ubicarse con las cosas en la casa, porque nunca había hecho las tareas domésticas, las más sencillas. Nunca supo donde se guardaban los utensilios, los elementos de higiene, lo elemental.

Todo eso, lo manejaba la mujer, como se debe. La vida simple la controlaba ella. Y un buen día se fue sin explicar, sin dejar instrucciones y el hombre se quedó así, medio huacho y a oscuras. Buscaba un vaso y se le caían las ollas, se tropezaba con la escoba, se chocaba con los muebles, se lastimaba las rodillas, las tenía golpeadas, llenas de moretones.

Tenía que aprender todo, pero sin ver, lo elemental estaba oculto. Mala mujer, repetí por tercera vez, reparando que al decir esa frase, el cieguito disfrutaba; pasaba la lengua muy rápido por el borde de los labios, como si se relamiera de mi frase. Como un vampiro que disfruta las últimas gotas de sangre. Mala mujer, dije por cuarta y última vez.

LA MAYOR

¿Cuántas de azúcar? ¿Endulzante? ¿Dos? ¿Uno? ¿Amargo como la vida misma? ¿Seguro lo prefiere así?

LA OTRA

En el centro la gente había perdido la costumbre de tomar café. No les resultaba demasiado atractivo. Los café cerraban, bajaba el consumo. Y entonces el dueño tuvo una idea brillante. Que el café lo sirvan niñas de vestido ajustado y piernas expuestas. Que los uniformes sean parecidos en la brevedad y que al moverse, al servir, al ir y venir, el cliente pueda tener la ilusión de que algunas partes quedarán expuestas. Solo ilusión y café. Un negocio redondo, próspero.

LA MENOR

Los turnos de las meseras son de ocho horas. Todo el tiempo de pie. Con tacos altos y sin silla para el descanso. Cada una debe rentar su lugar de la barra. Dejar una parte de la propina recibida. Comprar sus propios elementos.

LA MAYOR

Chocolate, canela, endulzante.

¿Quiere más?

¿Cuánto más?

LA MENOR

Hay un camarín donde cambiarse y maquillarse un poco, para ponerse a punto. Como les gusta a los hombres que se vea una. Como una estrella.

LA MAYOR

El pelo recogido por la higiene. Tirante y limpio. Puede usarse una buena trenza también. Gustan las trenzas.

LA MENOR

Mi madre, cuando era pequeña me hacía una trenza y entrelazaba una cinta roja, quedaba preciosa, me hacía especial. Distinguida.

LA OTRA

Todo estaba normal. El mismo coqueteo, por años, igual. Clientes que venían a descansar el ojo de tanto trabajo rutinario. Una pausa en la oficina. Un oasis en el desierto urbano. Y nosotras fuimos sus amores imaginados, sus madres sustitutas, sus amantes imposibles. Entonces, un día llegaron ellas, la amenaza. Locales cerrados con vidrios opacos, espejados, donde pasa otra cosa. Mujeres en diminutos bikinis, música estridente, roces y besos, una cercanía inapropiada.

LA MAYOR

No se puede competir con tanta piel al descubierto.

Una pausa.

LA MAYOR

En mis tiempos fuimos de lo más pudorosas. La pollera corta pero a puertas adentro, una preservaba el misterio. Mejor ir mostrando de a poco. Eso se hacía con los amantes, me mostraba en cuotas, mes a mes, cada día un poco más para que a una nunca la terminen de descubrir del todo. Al fin y al cabo siempre, adentro, al fondo, una es un misterio. Yo era talentosa en dosificar los pudores. Aún ahora, cuando voy al mar, me desvisto poco y nada. Prefiero mirar desde la orilla y quedarme callada. Incluso el mar tiene sus partes ocultas. Un día dentro de poco me iré al mar. A una casa cerca de los peñascos. Me haré más solitaria que ahora, ensimismada, muda, quieta. Tendré una casa modesta y por los vidrios se colará el sonido insistente del océano que no se detiene ante nada ni nadie. El océano que nos recuerda que, más allá, todo es infinito y puro, el océano infatigable vendrá en rumor dentro de mi casita marítima. En el pueblo se hablará de mí a mis espaldas. Las mujeres me mirarán con cierto resquemor y pena. Una de ellas tratará de difamarme y dirá que soy una bruja escondida y

solitaria con poderes oscuros, otra mandará a su marido a que investigue y el buen hombre vendrá con pretextos absurdos, torpes, trayendo algo de su pesca diaria para ir acercándose y descubrirme y pronto, muy pronto, caerá hechizado y vendrá más tardes a escondidas de su esposa y se quedará cada vez un rato más largo. Lo bueno de la vejez es que los amores no tienen apuro y el tiempo se va estirando como una masa húmeda en la mesa.

Nos dejaremos vivir en la cama con el hombre bueno y él dirá que le recuerdo a una joven encantadora que atendía un café con piernas en el Centro de Santiago, una muchacha de trenzas y mirada penetrante. Y haré silencio para no develar que mira mi pasado.

Y cada vez que tengamos intimidad, el hombre bueno estará con aquella que una vez fui. Y me hará joven nuevamente.

Al final una aprende que somos un lienzo blanco para que el hombre imagine a la mujer deseada. Una es una, muchas y ninguna en el mismo cuerpo.

Y también un día ese hombre dejará de venir y me quedaré mirando la ventana y la luz que se va yendo y sin darme cuenta, después de años y años, sentiré la calma.

Perdón, no sé porqué me fui tan lejos.

Hablábamos de las nuevas chicas, las descartables y los locales con los vidrios opacos.

LA MENOR

Dicen que han implementado EL MINUTO FELIZ.

LA OTRA

¿De qué se trata?

LA MENOR

De improvisto, en esos antros. Se apaga la música, se hace un silencio total y durante un minuto, una de las muchachas se queda desnuda totalmente.

LA MAYOR

Qué horror.

LA MENOR

Es un desnudo absoluto. Camina entre los hombres sin tela que la proteja. Camina despacio y el minuto se va expandiendo en la mente de los que miran.

LA OTRA

Con eso no hay competencia. No hay amabilidad suficiente que pueda competir con tanta carne bien expuesta.

LA MENOR

Es el desnudo de todos los desnudos. El minuto eterno. Un minuto feliz.

LA OTRA

Cuando tuve al segundo fui feliz por un rato. Pensé que dolería como el primero, pero no. Tuve un parto perfecto, sin desgarró, sin puntos, sin dolor casi. Fue tan fácil que sentí alegría. Cuando lo vi nacer pensé que sería una niña dichosa y alegre; no fue así, pero no importa.

LA MENOR

No soy de las que tienen hijos con los clientes. Los clientes no son buenos padres y una se puede transformar en un instante en la mujer horrible de la casa, se puede romper el hechizo. Si la ven a una así nomás, vestida para la casa, sin estos tacos, en zapatillas de lona, sin este maquillaje, una se vuelve común y odiable. Mejor mantener la distancia, ser meta inalcanzable, fantasía eterna. Mujer de paso replicada en los espejos. Amén.

LA OTRA

No te lo dije pero un día me fui con el cieguito. Me dio una pena tan grande. Andaba solo. Y lo vi demasiado triste aquel día.

LA MENOR

Nunca te lo conté, un día caminé con el cieguito. Se sentía mal, era notorio y estaba perdido.

LA OTRA

Apenas probó el café, revolió el azúcar, varias veces. Pero no lo tomó.

LA MENOR

Y no es que estuviera malo ni quemado, como tantas veces.

LA OTRA

Aquí nadie se preocupa por el mal sabor del café. Lo toleran, lo pasan; no es el sabor lo que importa sino estar, mirar, permanecer un rato.

LA MENOR

Ese día entraba un viento frío de la calle.
Me pegaba en las piernas. Yo me movía de más para que se me pasara, me frotaba un poco las manos.

LA OTRA

Entonces noté que se sentía demasiado mal. Que ya tenía el café frío el pobre cieguito. Le ofrecí otro.

LA MENOR

No me respondió.
Estaba metido al fondo de su silencio.
De pronto noté que se le aflojaban las piernas y se sostuvo con la barra para no caer al suelo.

LA OTRA

Le pedí al encargado si podía llevarlo.
Había poca clientela. El encargado refunfuñó pero aceptó porque si el cieguito caía en el local sería una mala imagen.

LA MENOR

Me puse un abrigo que cubría este uniforme corto.

El abrigo de lana escondía mi diminuto disfraz, me igualaba a otras mujeres de la calle.

LA OTRA

Cuando estuve afuera me golpeó más fuerte el viento frío de la Cordillera. Seco y frío como el día que tuve a mi tercer hijo. Había sol y viento y frío y era, de una manera especial, un día promisorio. Pensé, ahora sí, este niño será feliz algún día. Nunca sucedió, pero no importa.

LA MENOR

Lo tomé del brazo, lo guié por la calle y pensé ¿Cómo habrá aprendido a manipular el bastón?
Imaginé la impotencia de la primera vez. Los primeros choques del cuerpo contra los objetos que se interponían. Lo imaginé golpeado, frustrado.

LA OTRA

Escuchaba su respiración.
Era extraño, porque había mucha gente por las calle, pero, yo podía escuchar la respiración del cieguito. El aire que venía del fondo de sus pulmones.
Había un sol tranquilo, tamizado por la contaminación.
Había una luz agradable, levanté la cara mientras caminaba y me dejé iluminar por el sol.
Pensé, pobre, no poder disfrutar de los soles en invierno.
Desconocer la diferencia con los días de nubes plomizas. No ver la luz.

LA MENOR

Y después, se añadió este pensamiento: pasan horas y horas donde la luz que percibo es la del café. La luz que rebotan los espejos. Paso horas y horas ahí, encerrada y moviéndome siempre por el mismo camino.

LA OTRA

Como un pez, en una pecera espejada. Como un pez, pensé y me dio gracia. Me hizo reír la idea de ser un pez. Se lo quise comentar al cieguito pero él no lo entendería. Estaba abstraído, concentrado en avanzar por el espacio a tientas. No era momento para chistes.

LA MENOR

Caminamos varias cuadras. Juntos, a paso lento. Esquivando peatones.

Por un momento me sentí rara.

Era yo, en las mismas horas de siempre, pero haciendo algo que jamás hacía.

LA MAYOR

Era yo, en otro espacio y lugar.

Entonces, era otra versión de mí misma.

No estaba en el café. No estaban los viejos aduladores, los clientes apurados, los clientes pesados. Los mirones.

Nadie me miraba y caminaba del brazo de un ciego.

LA MENOR

Era una versión desconocida de mí misma.

Era yo misma de otra forma en la que nunca me había imaginado.

LA OTRA

Y al pensar esto, caminando, mi mente, se ponía algo confusa.

LA MENOR

Entonces me dije, estoy de la mano de un hombre bueno que ha perdido la vista. Lo estoy ayudando a regresar a su casa. Tengo una utilidad en este mundo. Soy alguien que guía y protege. No debo sentir este desconcierto. Hay sol y acompaño. Todo está bien. Necesito una calma.

LA OTRA

Entonces mi alma se tranquilizó.

LA MENOR

Tener ese tipo de pensamientos, los que ordenan, dan sosiego.

LA MAYOR

Mientras tanto, en el café, yo seguía como siempre.

Igual, años y años en minifalda.

LA OTRA

A medida que pasen los años tomarás cada vez más analgésicos para tu dolor de piernas y cintura. Eso te irá generando un hueco estomacal.

Tendrás la columna vertebral torcida de pisar mal los tacos.

El pelo seco de tanto teñido.

La cama vacía cuando te vas a dormir cada noche.

Tendrás dos gatos que te harán compañía. Y habrá una vecina que te mirará con odio, siempre.

Y harás un viaje a una ciudad de playa, en un verano tórrido y no saldrás de la pieza del hotel porque te has visto al espejo y te sienta mal el traje de baño.

Volverás al café y usaras medias dobles para ocultar los defectos acumulados en la piel de las piernas.

Una mañana, te hallarán muerta, caída sobre la bañera de tu casa. Desvestida y agobiada, desprolija, como nunca quisiste que te vieran.

Tendrás un funeral modesto, con una sobrina que cada tanto solía visitarte con vergüenza.

Y nadie más sabrá de tu existencia.

Nadie te llevará en sus recuerdos.

Nadie más pronunciará tu nombre ni te dedicará un pensamiento. Nada quedará de ti.

Una pausa.

LA OTRA

Caminamos hacia el río. Entonces él me preguntó: ¿Vives sola?

LA MENOR

Con mi madre, le respondí. No le dije de mi niño. Estoy acostumbrada a no mencionarlo. Con los clientes paso por alto el asunto del niño.

LA OTRA

¿Tienes un cuarto para ti solita?

LA MENOR

Sí, hace tiempo que nos mudamos. Antes era todo más apretado.

LA OTRA

¿Eres morena o rubia?

LA MENOR

Castaña.

LA OTRA

Tienes el pelo liso o enrulado.

LA MENOR

Liso.

LA OTRA

Entonces hizo silencio.

Volví a escuchar el sonido de su respiración. Un poco más agitada y entrecortada, por el esfuerzo de la caminata.

LA MENOR

Le ofrecí sentarnos en un banco para que descanse.

LA OTRA

Nos quedamos quietos. Uno junto al otro. Yo miraba el río. La gente que pasaba. Los árboles que se movían apenas por el viento.

Y estaba en eso, cuando sentí una mano acá, que me apretaba y después otra más abajo.

Y me sobresalté, no entendí al principio lo que pasaba.

Lo dejé hacer al cieguito a su gusto porque no podía

reaccionar. Tuve su aliento cerca, se me acercaba a la cara, me tocaba más.

LA MENOR

Y se me revolvían las tripas, se me congelaba la sangre, se abría la piel.

Todo el cuerpo reaccionaba sin mí.

LA OTRA

Y algo, desde un fondo despertó de un sobresalto.

Y lo empujé un poco para que se apartara.

Y en ese impulso se le cayeron los anteojos negros que le tapaban los ojos inútiles.

LA MENOR

Y vi la mirada de la nada.

Un pozo.

Negro como el café más turbio.

Noche adentro del día.

LA OTRA

Y tuve una pena tan grande que no me cabía en el mismo cuerpo. Unas ganas enormes de no vivir más.

LA MENOR

Y con la poca fuerza que me quedaba, levanté los anteojos y tapé su miraba obscena.

LA OTRA

Y se me oprimía el pecho y antes de ponerme de pie, le di un beso en la frente. Como a un niño en desamparo. Y ahí me alejé.

LA MAYOR

Y caminé tambaleante. Creyendo que me caería al piso si no lograba recuperar el equilibrio.

Caminé sin darme vuelta, sin mirar al ciego que había quedado allá sentado.

Caminé sin saber a dónde iba.

Me detuve en un puente.

Miré el agua que corría. No se detenía. Seguía su rumbo transparente desde las montañas hacia el mar. Llevando toda la impureza lejos. El agua era olvido. El agua se había llevado cuerpos, historias, recuerdos. El agua seguiría corriendo después, cuando yo no estuviera mirando y aún más todavía.

LA OTRA

El agua seguiría corriendo para siempre.

El agua correría un día sin mi recuerdo.

El agua me va a sobrevivir.

LA MENOR

Continué mi camino incierto.

LA OTRA

Me vine hacia el centro. A las calles conocidas.

Como una mascota que se pierde y que la guía el impulso del instinto. Regresé sin darme cuenta al café.

Caía la tarde. Estaba vacío.

Y te vi. De pie, con todos tus años a cuesta.

LA MAYOR

Te vi entrar desorbitada.

LA MENOR

Como una sonámbula diurna.

Perdida.

Sola.

LA OTRA

Y entonces, abriste los brazos.

Y había calor y olor a café. Era un lugar conocido.

LA MENOR

Me apretaste fuerte durante un rato largo.

LA MAYOR

Me salió así.

Tuve necesidad de darte un abrazo prolongado.

LA OTRA

Entonces, mientras me abrazabas me iba fortaleciendo.

Volviendo a mí. Se recomfortaban los huesos y músculos.

Y ahí, adentro del abrazo me sentí feliz.

Duró un minuto, no mucho más. Pero tuve una felicidad plena.

Como nunca sentí antes ni volveré a sentir.

Tuve un minuto feliz.

Todo era calma y no había peligro.

No quería que me sueltes. No quería estar fuera.

Quería permanecer ahí, refugiada en ese tiempo.

LA MAYOR

Te mantuve así, apretada.

En mí.

Temblabas un poco.

LA MENOR

El temblor iba cediendo y mi cuerpo se aflojaba.

Dejaba en el abrazo el cansancio, el miedo, la pena.

LA OTRA

Era feliz por un minuto.

LA MENOR

Un minuto feliz.

Santiago, Chile
Noviembre de 2020



Centro de las artes, la cultura y las personas
SANTIAGO DE CHILE

Osoliebre



Proyecto Financiado por el
Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura,
Convocatoria 2020